

CUANDO EL TELÉFONO ES LA ÚNICA SALIDA



instrucciones a María Ángeles, una de las alumnas del Aula colocado en una de las paredes de la sala del 091.



¿LA RUTINA? Arriba, Carlos al inicio de su patrulla, que realiza en sus horas libres. A la derecha, en el vestuario de la jefatura. Sobre estas líneas, un café y reposo a media mañana y atendiendo llamadas.



«Es el corazón de la jefatura, el lugar más seguro, la sala donde le tomo el pulso a la ciudad»

«Hace poco salvé una vida. Pero no es un mérito. Es mi deber»

una mujer de la que sólo quedaba sin quemar la hebilla del cinturón, lo trasladamos nosotros al hospital». O al recibir un galón al mérito policial por su labor en la sala.

Las cuatro líneas del 091 son atendidas por Carlos y su compañero Roque, a quienes ayudan el jefe de sala, subinspector José María, y el inspector jefe, Luciano, si se trata de un asunto grave. María Ángeles, Antonio y Francisco, tres alumnos de la academia de Ávila, también aprenden allí su futuro oficio dentro del programa *Aula Práctica*, bajo las directrices del inspector jefe, Francisco Blas, un nuevo sistema que les facilita permanecer tres meses en las comisarías, antes de comenzar las prácticas, y hasta recibir en ellas sus clases. Los jóvenes podrán aprender así algunas de

las técnicas que Carlos emplea para valorar la importancia de las llamadas que atiende, desde «descubrir a los gamberretes que denuncian un delito falso a concluir que, en cierto lugar, se necesita una patrulla inmediatamente». Las cuatro líneas del servicio no tienen contestador. «El ciudadano no debe hablar con máquinas». Suenan y suenan hasta que el agente descolga el teléfono.

«AQUÍ TODOS SOMOS IGUALES»

Un paseo nocturno para relajarse El agente Carlos, hombre de plástica entretenida, de argumentos tan directos como diplomáticos, apenas tiene tiempo para entretener sus horas libres. A su afición por los puros se suman los paseos al caer la tarde, cuando el turno se lo permite, acompañado de su perrita *Canela*. «En rea-

lidad, el animal es de mi hija mayor –se apresura a explicar entre bromas–. Pero soy yo quien la pasea. ¡Qué le vamos a hacer! Eso hacemos los padres».

Canela pertenece a la familia Pérez desde hace ocho años. Al principio les costó tenerla en el piso. Luego le fueron tomando cariño. Aunque menos que Carlos parece tenerle a sus compañeros. «En la sala todos somos iguales. Somos un equipo. Es un trabajo duro pero muy satisfactorio». Casado desde 1983, destaca que, como su mujer trabaja, «también hay que echar una mano en la casa, apenar cuando haga falta».

LA AMENAZA TERRORISTA

Un servicio ordenado «desde arriba» Los agentes del 091, cuando el sol bosteza por el horizonte de la Vega Baja, atienden primero los llamados servicios fijos, la custodia o vigilancia de lugares y personas que requieren especial atención. Desde los atentados del 11-M en Madrid, por orden expresa del Ministerio de Interior, las estaciones de San Andrés y El Carmen mantienen un control continuo durante todo el día. Y luego está la interminable lista que incluye los servicios que surgen, cientos de llamadas que se suman a las alertas de las alarmas. «En un 90%

son avisos falsos por un fallo o un pajarito que entra en el almacén –señala Carlos–; pero enviamos una unidad. Por si acaso».

La Jefatura Superior de Murcia, desde hace un par de años, disfruta de uno de los sistemas más avanzados de comunicación, el mismo que ahora instalarán en otras ciudades como Barcelona. Es el denominado Sistema de Redes Digitales de Emergencia del Estado (Sirdee). Este invento digitaliza las señales y conversaciones de los agentes a través de la emisora para impedir que puedan ser interceptadas. Ni siquiera por los periodistas. Pero, sobre todo, por «los malos, los criminales». Además, permite coordinar al 091 con la Guardia Civil.

El día junto al teléfono transcurrió veloz el pasado jueves a pesar de que se celebraba el mercado. Ni una sola llamada desde La Fama. Por la noche, Carlos recorrió de nuevo la misma ciudad a la que horas antes tomó el pulso mientras recordaba las llamadas recibidas en la mañana. Un policía es un policía. Hasta durmiendo. Por eso, aunque Carlos reconoce que en su casa prefiere que sean otros quienes descolguen el auricular, en alguna ocasión, sobre todo cuando la jornada ha sido intensa, ha llegado a atrapar al vuelo el aparato y exclamar, «¡Policía, dígame!».

Es una gran satisfacción trabajar aquí

CARLOS PÉREZ

Es una satisfacción para mí desempeñar esta profesión desde 1976 y así poder ayudar a los demás, primero durante muchos años de servicio en la calle, en la radiopatrulla, y desde 1992 en la sala del Centro Operativo de Comunicaciones 091. Desde aquí coordino a las patrullas que velan por la tranquilidad de todos los murcianos que requieren un presencia policial urgente. Después de tantos años de dedicación al Cuerpo, mi experiencia sirve para dar una respuesta a los problemas de seguridad ciudadana. Desde nuestra sala también atendemos a aquellos que nos demandan auxilio humanitario, que supone la faceta más gratificante para mí, en especial cuando la actuación policial se salvan vidas. Este es el mayor premio que podían darme.

Carlos Pérez es el protagonista del reportaje